

ver las facultades de que Dios le ha dotado, lo cual no puede hacerse más que por su propia actividad, á su riesgo y ventura. La Iglesia calificó esas pretensiones de rebelión, y para vencer la insurrección de la razón contra la autoridad buscó aliados entre los reyes, igualmente interesados en reprimir todo movimiento de independencia. Y principió una nueva lucha. Los hombres comprendieron que para ejercitar sus facultades necesitaban libertad, y la reclamaron como un derecho natural, dado que también era un medio para cumplir con el deber; y persuadidos de que su libertad sería irrisoria mientras que no estuviese asegurada por medio de instituciones políticas, reclamaron garantías. El realismo y la Iglesia les opusieron una resistencia tenaz y trataron de contener la ola por medio de los viejos diques; pero ¡vanos esfuerzos! La ola subió y destruyó los diques con aquellos que los habían levantado. Hé ahí la Revolución, su necesidad y su legitimidad.

¿A qué viene decirnos ahora que la Revolución francesa es satánica en su principio? (1). Satanás no es más que una horrible ficción, en tanto que es el tipo del mal. Ahora, si en el espíritu de rebelión se quiere anatematizar la insurrección del espíritu humano contra la Iglesia y la monarquía, consideradas como autoridades sagradas, entonces Satanás debe ser rehabilitado, y nosotros le aceptamos como el primer precursor de la Revolución. Dios sólo es el bien absoluto; los hombres que se llaman sus órganos son usurpadores, y contra la usurpación, la insurrección es más que un derecho, es un deber. ¡Cosa notable! Tal es el poder del espíritu revolucionario en lo que tiene de legítimo, que arrastra hasta los enemigos de la Revolución. El conde de Maistre, después de haber tratado á la Revolución de satánica, reconoce que es una gran época, una nueva era que realizará y no sé qué grande unidad hacia la cual marchamos á grandes pasos (2). Se burla del cosmopolitismo de los legisladores revolucionarios y de su pretensión de hacer constituciones aplicables á todos los hombres, á todos los tiempos y lugares (3), y después declara que las consecuencias de la Revolución en todos sentidos trascenderán mucho después de su

(1) DE MAISTRE, *Cartas y folletos*, t. I, p. 293.

(2) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. II.—*Veladas de San Petersburgo*, XI.

(3) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. VII.

explosión y mucho más allá de su hogar (1). Por último, cree que la Revolución será el instrumento providencial para una regeneración de la humanidad.

Hé aquí, pues, á Satanás que va á regenerar el mundo, al menos como ministro de Dios. ¡Singular auxilio el que ha escogido para ello la divinidad! ¿No podría ese Satanás ser tal vez el espíritu divino? Nosotros no creemos ya con el Evangelio que el diablo sea el príncipe de este mundo (a); la creencia de la humanidad moderna es que la Providencia divina dirige nuestros destinos. La acción de Dios se manifiesta lo mismo en las tempestades y los terremotos que en el curso regular de las estaciones y en la benéfica influencia de los elementos. Es decir, que las revoluciones son de Dios; si, á la vez que un bien, son también una fuente de desgracias, consiste en que el hombre no avanza hacia el término de su destino más que á través de trabajos y dolores. Y si debe sufrir, consiste en que es imperfecto, y por ello mismo culpable. Pero la expiación que Dios le impone es también un instrumento de educación. Los dolores de la humanidad no son nunca estériles: son un alumbramiento continuo. Tal fué la Revolución: ha dado á luz un nuevo mundo (b).

§ II. —La Revolución y los hombres del porvenir

I

La Revolución ha tenido por contemporáneos y por testigos á hombres de un espíritu superior. ¿Qué pensaron esos hombres de un acontecimiento que trastornaba sus ideas lo mismo que trastorna-

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones acerca de la Francia*, c. II.

(a) Laurent por optimista y Schopenhauer por pesimista, ambos á dos levantan, á mi juicio, falsos testimonios al Evangelio; ambos se empeñan en atribuirle la doctrina del mal necesario y eterno sobre la tierra. Ni los Evangelistas ni Renán hacen semejante imputación á Cristo.—(N. del T.)

(b) La teoría filosófica de la Revolución me parece deficiente. Ni el hombre por imperfecto es culpable, ni Dios se mezcla en preparar revoluciones. Toda revolución es una protesta contra el error y el mal y contra sus funestas obras y consecuencias. Toda protesta es un gran síntoma, porque supone amor al bien y energía para combatir el mal. Y cuanto más inspirada sea en ese sentimiento, y más fiel y fervorosamente dirigida á ese propósito una revolución, será tanto más santa y más fecunda en buenos resultados. Una revolución es una medicina. Pero mejor que curarse un mal sería no padecerle. Hay, sin embargo, esta diferencia. Un individuo puede medicarse en sana salud, aunque no sea lo natural que lo haga. Un pueblo no hace jamás una verdadera revolución cuando se encuentra bien gobernado.—(N. del T.)

ba el mundo? La primera impresión, que es siempre la mejor, fué un entusiasmo casi universal. Interrogaremos con preferencia á los extranjeros, poetas, historiadores y políticos, cuyo temperamento era todo menos que revolucionario. La Europa monárquica se coaligó contra una nación que al reivindicar *los derechos del hombre*, á los cuales declaraba eternos, inenajenables é imprescriptibles, apelaba á la insurrección de todos los pueblos contra el antiguo régimen, bajo el cual no se conocía otro derecho más que el de los reyes. En el campo de los coaligados se hallaba uno de los grandes genios de los tiempos modernos. Goethe asistió á la batalla de Valmi, que decidió á los Prusianos á la retirada. Los aliados se habían imaginado que los Franceses los recibirían con los brazos abiertos. La mañana del combate, los oficiales prusianos, orgullosos de su antigua gloria y naturalmente fanfarrones, decían que los voluntarios que tenían de frente servirían para un almuerzo; pero se volvieron en ayumas, muy descontentos de sí mismos, tristes y abatidos. Invitado el poeta á que dijese su opinión acerca de aquel descalabro, Goethe, que había visto á los voluntarios de la nueva República incontrastables en medio del fuego y recibiendo las balas al grito de *viva la libertad!* respondió á los oficiales: "Hoy comienza una nueva era de la humanidad, y bien podéis decir que habéis asistido á su nacimiento," (1). ¡Palabra profética! El viejo mundo había muerto el 14 de Julio de 1789; era el mundo de la explotación del hombre por el hombre; un mundo nuevo comenzaba, y se abría la edad de la emancipación de los individuos y de los pueblos.

Esa misma fué la opinión de un escritor que pasó su vida interrogando los anales de la humanidad. Juan Müller es más bien un hombre del pasado que un hombre del porvenir; mejor dicho, es el tipo del historiador calmado, imparcial, que representa los hechos con la fidelidad de un espejo ó de un aparato fotográfico, y Müller repitió en el silencio del gabinete lo que Goethe había dicho al estallido del cañón: "el mundo antiguo se derrumbaba y se inaugura un nuevo mundo." Cuando decimos que Müller repitió las palabras del poeta, es inútil añadir que, en uno y otro, fué aquello nna

(1) GOETHE, *Campagne in Frankreich* (sus Obras, t. XXX, página 75, ed. franc. de 1829)

impresión original y espontánea. Los Alemanes, extraños á toda vida política hasta últimos del siglo XVIII, se habían limitado al movimiento de la idea religiosa; y en el momento en que estalló la Revolución, estaban consagrados por entero á la literatura, la cual acababa de tomar entre ellos un magnífico vuelo y aun prometía mayor desarrollo: naturalezas vírgenes, su alma se abría á todas las aspiraciones generosas y bellas; su modo de apreciar la Revolución francesa es como el grito instintivo de la conciencia humana, y esa apreciación quedará siendo la de la historia.

Había otro pueblo que disfrutaba de libertad desde siglos antes. Los Ingleses habían tenido también sus revoluciones, y no habían reparado en verter la sangre de un rey; desde 1688 ocupaba allí el poder la aristocracia; todos los partidos aceptaban la libertad, sólo que era una libertad privilegiada; había clases, razas enteras excluidas del gobierno, y sus derechos, por efecto de esa desigualdad, eran sumamente deficientes. Era más difícil á los Ingleses que á los Alemanes el comprender la Revolución francesa. Una antipatía secular los apartaba de sus rivales, y, poco filósofos, respetaban la tradición, aun cuando consistiera en abusos. Los Ingleses de pura raza no podían acostumbrarse á los procedimientos de las Asambleas nacionales de Francia; hubieran visto con buenos ojos una revolución como la suya de 1688, una transacción entre la monarquía y los tres órdenes; pero les desorientaba la impetuosidad francesa, con sus derechos del hombre y su cosmopolitismo. Burke fué el órgano de esos sentimientos. Pero también había en Inglaterra espíritus más generosos, menos ingleses y más humanos, y éstos aplaudían el despertar de una nación que había gemido bajo el despotismo más degradante, el de una Iglesia incrédula y de una monarquía crapulosa, comprendiendo y excusando los excesos de un pueblo que se sublevaba contra una opresión secular, excesos que imputaban á la tiranía más bien que á la libertad. Fox fué el ilustre jefe de esa joven Inglaterra, y pronunció también la frase de Goethe, dándole mayor precisión: "La Revolución, dijo, es el paso más grande dado hacia la emancipación del género humano."

Dicho se está que de ese entusiasmo abundaban todos cuantos espíritus generosos había en Francia. En 1792 había en París una mujer de genio

que, por tradición de familia, era inclinada á la libertad aristocrática de Inglaterra, y madama Stael fué testigo de los primeros crímenes del Terror. Bien disculpable hubiera sido el que aquella alma, siempre abierta á la piedad, se hubiese dejado llevar á una antipatía de sentimiento contra una Revolución manchada con los asesinatos de Septiembre; pero su espíritu era tan firme como simpática era su alma, y en medio de los horrores del 93, permaneció fiel á las ideas y á las esperanzas del 89. Las primeras líneas que escribió acerca de la Revolución recuerdan la apreciación de Fox y la profecía de Goethe: "La Revolución de Francia es una de las grandes épocas del orden social; los que la consideran como un acontecimiento accidental no han dirigido sus miradas ni hacia el pasado ni hacia el porvenir; han tomado á los actores por el drama; y á fin de satisfacer sus pasiones, han atribuido á los hombres de hoy lo que habían preparado los siglos," (1).

Madama Stael, por efecto de sus predilecciones inglesas, no comprendió del todo bien el carácter universal del movimiento del 89, del cual se hacen los Franceses un título de gloria y con mucha razón, porque las naciones no viven para sí solas, así como tampoco debe concentrarse el hombre en su individualidad, sino que los más ilustres deben ser aquellos que influyan con más fuerza sobre sus semejantes, siempre que lo hagan con espíritu de abnegación. Ese cosmopolitismo (de la Revolución) es precisamente lo que más impresiona á los más grandes escritores de Francia. Oigamos á Mr. Lamartine: "La grandeza de la Revolución francesa consiste en que no fué únicamente la revolución de la Francia, sino una revolución del espíritu humano: ella vino al mundo el mismo día que la imprenta," (2). Equivale á decir, como Fox, que estaba llamada á emancipar el mundo. Lamennais habla también con entusiasmo de aquella tentativa de emancipación universal, en la cual habían querido tomar parte todas las naciones que despertaban de su sueño. El ilustre escritor añade estas palabras, en que se deja ver la esperanza á través del desaliento: "Un momento se creyó que la libertad iba á salir para siempre inmortal de las ruinas de todas las tiranías. Esa creencia duró algunos años,

(1) M. DE STAEL, *Consideraciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución francesa*, part. 1.^a, cap. 1.^o

(2) LAMARTINE, *Los constituyentes*, t. I, p. 3

los más grandes de la historia. Después ese movimiento se amortiguó, se permaneció en lo pasado, guardando apenas algunos de los frutos de aquella gigantesca labor, y todavía á esos se los ve caer diariamente y podrirse en el suelo," (1).

¿Qué habría dicho Lamennais si hubiera escrito después de 1852! El desaliento hubiera hecho caer la pluma de sus manos, y, sin embargo, hubiera hecho mal en desesperar. Si la libertad ha tenido sus años de duelo en Francia, no es menos cierto que va dando la vuelta á Europa en pos de la revolución del 89. Precisamente lo que más demuestra el carácter humano y generoso de aquel inmenso movimiento, es que la nación que asaltó la Bastilla y que proclamó los derechos del hombre parece haberse aprovechado menos de su sacrificio que las otras. La Alemania es libre, la Bélgica es libre, las Penínsulas del Mediodía de Europa, que parecían infeudadas á la tiranía religiosa y política, ensayan un gobierno liberal, mientras que la Francia, que ha inaugurado esa era de emancipación, parece haber abdicado su libertad á los pies de un César. Pero esas recaídas no tienen nada de sorprendente; son inevitables en un pueblo que obra por pasión, y la impetuosidad francesa va necesariamente seguida de movimientos de reacción y de cansancio. Pero, ¡paciencia! el cansancio dará lugar á su vez á un nuevo arranque; y si estos bruscos movimientos son un defecto, es el defecto de una gran cualidad. ¿Quién se atrevería á desesperar del porvenir de una nación que ha hecho la Revolución del 89?

II

Los pueblos no se distinguen por el agradecimiento. Hay en las masas, más aún que en los individuos, una desmesurada vanidad que las hace olvidar pronto los servicios recibidos. En el día se ha hecho de moda por Europa el despreciar la Francia y la Revolución francesa. Nosotros preguntaremos á los hombres que están tan dispuestos á maldecir y á los que lo están á desesperar: ¿qué serían hoy la Alemania, la Italia y la Bélgica si la Revolución no hubiese removido el mundo ó si hubiese sido sofocada por la guerra civil, obra del clericalismo, y por la guerra extranjera, obra

(1) LAMENNAIS, *Amschaspands y Darvands*, p. 99.

de la aristocracia coaligada con la monarquía absoluta? ¿Quién hizo resonar á los oídos de los Italianos las primeras exclamaciones de independencia nacional? Los ejércitos de la República. ¿Quién puso término al innoble gobierno de aquella legión de pequeños príncipes alemanes que eran otros tantos lacayos condecorados? ¿De quién ha tomado la Bélgica los principios de libertad que sus vecinos se ven reducidos á envidiarla? De la Revolución. ¿Qué seríamos nosotros sin la heroica insurrección del 89? ¿Qué seríamos si la raza francesa no tuviera esa impetuosidad que la ha hecho derramarse por la Europa? Seríamos lo que éramos el 89, los esclavos de los clérigos, es decir, los más viles de los esclavos.

La ciega reacción que domina en Europa contra todo lo que se llama revolución empujea las almas y las rebaja. Ante nuestra vista tenemos el nuevo mundo que ha salido de la tempestad del 89, y que no tiene nada de común con el mundo tal como era hace un siglo. Y, sin embargo, se quiere hacer de una revolución que ha trastornado la Europa y que aun está lejos de haberse terminado un simple accidente de la historia. Interrogad á los historiadores, á los mejores entre ellos, sobre las causas y los caracteres de la insurrección del 89, y os dirán que es un acontecimiento que produjo algún bien y mucho mal, y los veréis buscar su origen en menudos hechos, embarazos de la hacienda, torpezas del gobierno é intrigas de algunos hombres: se diría que unos cuantos pigmeos están ocupados en disecar un gigante. Otros escritores, obcecados por preocupaciones de religión, rehusan ver una revolución intelectual y moral tanto como política en aquella que ellos proclaman obra de los filósofos; convienen de buen grado en que había abusos en el antiguo régimen, abusos feudales y abusos eclesiásticos, y que no se trataba más que de corregirlos. Hé ahí toda la Revolución. Nada era más fácil que prevenirla, dicen esos liliptienses, los cuales no comprenden que la Revolución afectaba á la humanidad tanto por lo menos como á la Francia y que la misión de los hombres del 89 y del 93 era antes que todo una misión de propaganda; no ven que las causas de una revolución universal no deben buscarse exclusivamente en Francia, y que es necesario seguir las nubes que se han amontonado y la electricidad que se ha acumulado por espacio de siglos si se quiere

saber de dónde viene la tempestad que conmueve al globo.

Contra la Revolución del 89 se ha verificado además otra reacción: la reacción del desaliento, la cual, sin ser menos injusta, es más incomprendible. Cuando se ha visto á un hombre subyugar una gran nación invocando los principios mismos del 89, se ha preguntado si aquellas famosas ideas serían verdaderas ideas de libertad. Y la decepción no se ha detenido en eso. Si el despotismo pudiera ser imputado á unos cuantos individuos, sería fácil el consuelo, como de un accidente que no podía tener consecuencias. Pero la tendencia á imputar á un solo hombre la opresión que pesa sobre todo un pueblo es la más grosera de las ilusiones; los Césares necesitan instrumentos, y aun estos mismos no bastan. ¿Qué significa el que algunos individuos vendan su conciencia? ¿Qué significa un ejército mismo entregado á la voluntad de su jefe? Esa fuerza, por formidable que la supongáis, es imperceptible enfrente de toda una nación. Luego si un pueblo pierde su libertad, tiene que ser cómplice de aquellos que se la arrebatan (a). Hé aquí un espectáculo doloroso y muy propio para desalentar. Oigamos las amargas palabras de un escritor que achaca á la Revolución ese rebajamiento de las almas: "Yo creía, dice M. Renan, que la Revolución era sinónimo de liberalismo... No veía aún el virus oculto en el sistema social creado por el espíritu francés; no había apercibido que la Revolución, con su violencia y con su desdén de los derechos personales, entrañaba un germen de ruina... Si los principios del 89 significan lo que ordinariamente se dice, si entrañan como consecuencia el rebajamiento de las cosas del espíritu, si deben engendrar el despotismo de los intereses materiales, y bajo pretexto de igualdad, la depresión de todos, hay que renegar del 89. Nada es más fatal á una nación que ese fetichismo que la hace colocar su amor propio en la defensa de ciertas palabras, con las cuales se la puede llevar, siempre que se vaya á la sombra,

(a) Esto es verdad; pero es demasiado absoluto. Ya ha dicho Rousseau que todo pueblo tiene el gobierno que merece, y es verdad, tomado el axioma en el sentido que le da Rousseau. Pero pretender que un pueblo esté siempre de pie, siempre armado y en insurrección permanente, para que ni reyes, ni camarillas, ni políticos corrompidos, ni generales ambiciosos le sorprendan, y le amordacen, y aprisionen por más ó menos tiempo... es pretender lo imposible. Ya veremos las erróneas consecuencias que de esa falsa premisa deduce aquí Mr. Laurent.—(N. del T.)

hasta los últimos confines de la servidumbre y del rebajamiento. Lo que importa sobre todo es que el fanático apego á los recuerdos de una época no sea nunca un embarazo para la obra esencial de nuestros días, la fundación de la libertad por la regeneración de la conciencia individual,, (1).

Rendimos muy gustosos el debido homenaje á los sentimientos que animan al autor de esa página, digna de Tácito cuando estigmatiza la servidumbre voluntaria de los Romanos del imperio. Que el historiador aplique el hierro candente en la frente de los miserables que se prostituyen ante un amo; que haga notar los errores que perturban las inteligencias y extravían las almas, nada mejor: esa es su misión. Pero también es su misión la de ser justo. ¿Y hay justicia en atribuir los desfallecimientos y las apostasias del 52 al arranque del 89? ¿Los vencedores de la Bastilla y los autores de la Declaración de los derechos del hombre eran acaso Romanos del imperio? El historiador debe ignorar el desaliento; no se desalienta jamás: no duda nunca de los destinos de la humanidad, porque sabe que Dios los dirige (a). Por triste, por repugnante que sea el espectáculo de las imperfecciones humanas, el historiador no se amedrenta; se consuela de las miserias del presente fijando los ojos en el porvenir; cuando juzga lo pasado, no lo condena ni lo ensalza: reprobalo sería condenar la humanidad, y la condenación subiría hasta á Dios; tampoco debe enaltecerlo; porque en todo toman parte siempre las flaquezas humanas (b). Pero las caídas del individuo y las expiaciones, que son la consecuencia inevitable, no impiden el que se vaya perfeccionando sin cesar, porque el hombre cayendo es como aprende á andar.

Es necesario que los pueblos saquen también

(1) RENAN. *Ensayos de moral y de crítica*, Prefacio, p. x.

(a) Pues entonces, ¿cómo ajuiciar las caídas de los pueblos, sus movimientos de alto, de avance y de retroceso? ¿A qué viene hacer intervenir á Dios en todo, lo mismo en el conjunto que en los detalles, y prescindir del libre albedrío del hombre? Nos parece más acertada la observación de Renan que la crítica de Laurent.—(N. del T.)

(b) «*Aliquando bonus dormitat Homerus*». El autor dice aquí una cosa que no quiso decir ó dice un absurdo. ¿Qué historia es esa que ni ensalza ni condena, y que todo lo encuentra intachable, porque al fin Dios lo dirige todo y todo ha de resultar que ha sido bueno y se ha convertido en progreso? Eso es negar la acción del hombre en los actos humanos; es negar el libre albedrío, la responsabilidad del hombre, y, por consiguiente, su dignidad; es negar la moral y la ley misma de perfectibilidad y de progreso; es venir á parar á un optimismo fatalista, enervador, insostenible á todas luces ante la razón y ante la historia.—(N. del T.)

provecho de sus caídas, y sólo á esta condición son dignos de llamarse soberanos, porque quien dice soberanía dice responsabilidad. Bueno es despertar é ilustrar la conciencia general; esa es la misión del historiador, el cual debe decir la verdad á las naciones soberanas, como la debía decir en otro tiempo á los reyes absolutos, y debe patentizar sus errores para que se precaban en el porvenir; solamente á ese título llegará á ser la historia lo que no ha sido hasta aquí, una enseñanza saludable. Los reyes no han aprovechado sus lecciones; su egoísmo es un obstáculo invencible á la abnegación que deberían tener para comprender su misión: han sido los dueños y señores, y deben dejar de serlo. Perdonémosles si su interés les ciega hasta el punto de que se crean eternos, y esperemos que los pueblos lleguen á ver más claro. El papel de éstos no es transitorio como el de aquéllos: los pueblos no están llamados á abdicar; son realmente eternos como la humanidad; pero deben irse perfeccionando sin cesar, así como los individuos. Su destino está en sus manos, pero es preciso que se lo elaboren, es decir, que deben ayudarse á sí mismos si quieren que Dios les ayude. Siendo imperfectos por lo mismo que son perfectibles, deben aprender á conocerse para poder enmendar sus errores. Sólo á ese precio realizarán la libertad y la ventura que es dado realizar á la naturaleza humana (a).

§ III.—La era nueva.

N.º 1.—La Revolución y la nueva era.

El siglo XVIII tenía aspiraciones infinitas y esperanzas no menos ilimitadas; esa tendencia tenía de singular el que, por oposición al cristianismo, que buscaba la felicidad en la vida futura, los filósofos esperaban que se realizase en la tierra; no pudiendo creer en un cielo quimérico, viciado además por la horrible concepción del infierno, se echaron á concebir ó á soñar una felicidad terrestre. El sentimiento de progreso que les inspiraba

(a) Esto ya no se compagina con lo otro; al menos nosotros no acertamos á compagnarlos. Si el autor no afirmase, sino que se concretara á exponer, no estaría fuera de propósito el conocer el pro y el contra en todas las cuestiones; pero Laurent afirma el pro y afirma el contra. Dice que no es fatalista, pero en muchísimas ocasiones no sirve que lo niegue, lo es de fondo en comble.—(N. del T.)

les dió la convicción de un mejoramiento de las instituciones civiles y políticas que no tuviese más límites que los del espíritu humano, límites que ellos no percibían. La Revolución tenía las mismas aspiraciones y alimentaba las propias esperanzas. Se han querido ridiculizar esas ilusiones, y los católicos, que se complacen en satirizar la inmortalidad terrestre profetizada por Condorcet, no reflexionan que la inmortalidad que la Iglesia promete á sus elegidos es no menos imaginaria. En el ideal filosófico hay, por lo menos, de consolador el que todo hombre está llamado á gozar de la dicha del vivir, mientras que en la creencia católica hay mil réprobos para un elegido. Y aquella felicidad, ¿es tan quimérica como afirman los partidarios del cielo? Á fuerza de aspirar al cielo en otro mundo, los verdaderos cristianos se olvidan de vivir en aquel donde Dios les coloca. Los filósofos tienen razón al decir que el destino del hombre se realiza en la tierra y que es inmortal desde esta vida, porque el mundo en que vivimos no difiere esencialmente del mundo futuro, y nuestra vida terrestre es ya nuestro cielo (a). En esa creencia, la dicha debe cambiar de naturaleza; ya no puede consistir en una existencia puramente espiritual, en la visión de Dios, consiste en vivir y no en morir. Pues vivir es desarrollar las facultades de que Dios nos ha dotado; y cuando tenemos conciencia de que depende de nosotros el hacer nuevos progresos en el camino de nuestro perfeccionamiento, la sed de felicidad que nos atormenta tiene con que satisfacerse. Sólo que no hay que limitar y encerrar nuestra existencia dentro de la vida presente, sino ver en la muerte un paso

(a) Ni esto es lo que dicen todos los filósofos, ni aquello es lo que dice la doctrina de Cristo. Los filósofos materialistas (y lo eran la gran mayoría de los colaboradores de Voltaire) dicen que todo es materia y que no hay más vida que la de la materia; podrán conocer y afirmar la idea de humanidad, pero la de supervivencia del alma, imposible, no creen en ella. Y como para ellos no hay más sumisión ni más premio que los de aquí abajo, tampoco puede haber más ley que las que el hombre mismo se da. Por consiguiente, se acabaron la moral y los destinos futuros para el hombre. Como él sea listo, durante su vida terrenal habrá ganado el premio de la carrera. Los filósofos espiritualistas dicen otra cosa. Para esos hay alma é inmortalidad, y Dios, y ley moral, y responsabilidad humana, y destinos ulteriores, aspiraciones á la felicidad perdurable, que hay que merecer. Estos últimos filósofos no desacuerdan en cosa esencial con la doctrina de Cristo; con lo que si están en completo desacuerdo es con la interpretación que lo que se llama catolicismo ha dado á esa doctrina. Si es esto lo que ha querido decir Mr. Laurent, estamos conformes. Si es otra cosa, no podemos estarlo, y remitimos al lector, para su mayor ilustración sobre este y otros puntos, al libro de EDGAR QUINET, *El Cristianismo y la Revolución francesa*.—(N. del T.)

á nueva vida. La dicha, de esta manera comprendida, conduce á la libertad civil y política, mientras que la felicidad celeste del cristianismo tradicional aleja á los creyentes de la realidad, les inspira el desdén por una existencia que no es más que la prueba de un instante y les hace despreciar todo lo que se relaciona con el orden civil y político. Tal es el principio filosófico de la era nueva que los libres pensadores anunciaron al siglo XVIII y que los revolucionarios tuvieron la ambición de realizar.

Un célebre pensador pronunció en medio de las agitaciones revolucionarias esta frase notable. *La edad de oro no está detrás de nosotros, está delante*. Tal era la creencia del siglo XVIII: esa era también la de los hombres del 89. En la *Gaceta nacional* del 2 de Enero de 1790 se leía: «La fábula dice y la historia ha repetido que el mundo ha pasado por diferentes estados: la edad de oro, la edad de plata y la edad de hierro... ¿Los poetas no podrían haberlo trabucado todo?... El mal en este mundo quizá no es más que accidental. ¿No podríamos nosotros acabar por la edad de la razón, que sería el siglo de oro?» (1). ¿Qué será esa edad de la razón y esa edad de oro colocadas delante de nosotros? La palabra sola indica que la razón reinará en lugar de la crédula fe. Pero ¿cuáles serán las instituciones civiles y políticas que establecerá la razón en lugar del despotismo, ese antiguo aliado de la superstición? La esperanza de los hombres de la Revolución tenía algo de vaguedad, como las ilusiones de los filósofos. Oigamos al abate Gregoire, una de las almas más puras de la Revolución, que gozaba alimentándose con el ideal. «La Francia es un nuevo mundo; marchaba hacia su ruina, y sus brillantes destinos iban á extinguirse en la servidumbre, cuando de repente el moribundo imperio, alzándose de en medio de sus escombros, vuelve á aparecer en la escena para ocupar el primer puesto en los fastos del universo, y prepara la revolución general que debe rejuvenecer el globo, producir su resurrección política y mejorar la suerte de la especie humana», (2). En otra ocasión presidía Gregoire la Convención nacional; una diputación de Saboyanos se presentó á pedir

(1) Reimpresión del *Monitor universal* ó *Gaceta nacional* tomo III, p. 9.

(2) Palabras del abate GREGOIRE pronunciadas desde la presidencia de la Asamblea nacional en la sesión del 29 de Enero de 1791 (*Monitor* del 31 de Enero de 1791, t. VII, p. 264).